
EL SIGNIFICADO DE ABRAHÁN PARA LOS CRISTIANOS

*Pbro. Robert E. Mosher**
Pontificia Universidad Católica de Chile

En el presente artículo, el autor examina de qué modo la figura de Abrahán entra en la configuración de dos aspectos centrales del cristianismo: el carácter misionero y la justificación por la fe. Contrasta además las interpretaciones que de ambos aspectos han hecho el catolicismo y el protestantismo.

Palabras clave: Abrahán, cristianismo, misión, justificación por la fe.



THE MEANING OF ABRAHAM TO CHRISTIANS

In the present paper, the author examines how the figure of Abraham takes part in the configuration of two central aspects of Christianity: the missionary character and the justification by the faith. He also contrasts the interpretations of both aspects made by Catholicism and Protestantism.

Keywords: Abraham, Christianity, mission, justification by the faith.

* Doctor en Misionología, Pontificia Universidad Gregoriana. Master of Divinity (M. Div), Weston School of Theology, Cambridge. Bachelor in Journalism, College of St. Thomas. Profesor de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: rmosher@iglesia.cl

LA CARTA A LOS HEBREOS VIENE PRIMERO a la mente de cualquier estudioso cristiano frente al tema que nos convoca hoy. Es una de las obras literarias inspiradas más enigmáticas de la Segunda Alianza, o «Nuevo Testamento» –ningún experto en análisis exegético cree que San Pablo la escribió–. Su estilo, elegante y puro, es único en el *corpus* de escritos sagrados cristianos, y, como su título indica, parece dirigirse a personas con mucho conocimiento sobre los ritos y costumbres del pueblo judío, probablemente escrito antes de la destrucción del Templo en el año 70 de la época actual.

Un tema central de la carta es la fe de Abrahán, y su significado para el cristiano se reflexiona en el capítulo 11. «La fe es garantía –dice el texto– de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores» (Heb 11, 1-2). Esta declaración consuela a sus lectores en tiempos de persecución con el mensaje de que el pueblo en camino no desaparecerá si conserva la fe, y si se adhiere a la seguridad que se apoya en Dios. Esta fe es «una anticipación garantizada de los bienes celestiales futuros, ...[una] certeza ilustrada con muchos y grandes ejemplos del Antiguo Testamento»¹², incluyendo, por cierto, lo que la liturgia católica romana llama, en su Canon Eucarístico I, «nuestro Padre en la fe».

«Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y *salió* para el lugar que había de recibir en herencia, y *salió* sin saber a dónde iba», dice el escritor inspirado (Heb 11, 8). Se refiere aquí al comienzo del ciclo de escritos sagrados que relatan la historia de Abrahán en los textos de la Primera Alianza, o sea en el Pentateuco, al recibir de Dios una llamada: «Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré. ...Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Por ti serán benditas todas las naciones de la tierra...» (Gén 12, 1-3, *passim*).

Estos versículos apuntan al posterior desarrollo del pensamiento cristiano sobre el ejemplo que Abraham ofrece a los que se sienten llamados a dejar su propia patria por obediencia a la voluntad de Dios, para emprender una vida misionera. Abrahán llegó a ser un modelo ideal de la vocación misionera hacia otras tierras, cumpliendo la llamada misión *ad gentes* («hacia las naciones») en obediencia al mandato expresado por Jesús después de su muerte y resurrección: «vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19).

¹² *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1976, p. 305, en nota a pie, «Epístola a los Hebreos».

Tal concepto de misión, que el mundo secular ahora utiliza para describir tareas trascendentales, de noble propósito y de difícil realización, involucrando en muchos casos un viaje largo, sin significado explícitamente religioso –*misión imposible, misión diplomática, misión empresarial, declaración de misión*– se remonta etimológicamente al término teológico cristiano para describir el movimiento del Espíritu Santo. Llegó a su contenido moderno con las empresas evangelizadoras de los jesuitas en el siglo XVI, establecidas en tierras lejanas de Europa, incluyendo América Latina y en particular Chile.

Se entiende actualmente que este mandato que Jesucristo pronunció es para todo cristiano, y no solamente para los discípulos que lo escucharon¹³, aunque logísticamente no todos los cristianos pueden salir de su país; más bien, el cristiano está llamado a cruzar fronteras de todo tipo, a salir de su casa, de sus rutinas, de su comodidad, para compartir con otros la Buena Nueva que ha conocido, porque se entiende que quien ha conocido a Cristo, la Buena Nueva en persona, se llena de un gozo que tiene que compartirse. En esta línea, no consideramos como legítimo mantener para nosotros, no más, la alegría de esta gran noticia, que transforma completamente la vida. Y la movilización de toda la comunidad local de cristianos para enviar a algunos de sus hermanos y hermanas a otros pueblos se considera el signo máximo de la vitalidad de su fe, cumpliendo con la razón de ser de la Iglesia, que es comunidad misionera por esencia. Las implicaciones de misión para la vida de la Iglesia católica en el continente latinoamericano y el Caribe se están actualmente estudiando a la luz del Documento de Aparecida.

A propósito de ese encuentro de los episcopados latinoamericanos en Brasil del año pasado, el observador judío invitado al evento hizo alusión a Abrahán en su mensaje a la asamblea. Cito una parte de la intervención de Claudio Epelman, director del Congreso Judío Latinoamericano:

Deseo agradecer a cada uno de los participantes de esta V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe por haber dado al Congreso Judío Latinoamericano la posibilidad de participar de esta reunión como observador.

Me gustaría compartir con ustedes un relato del Midrash, la hermenéutica judía.

Cuenta la historia que Teraj, el padre de Abraham, se dedicaba a hacer ídolos de barro en su taller. Abraham, niño aún, lo ayudaba habitualmente. Una noche tras una jornada de trabajo, Abraham entró al taller y rompió todos los ídolos, excepto uno, el más grande.

Al día siguiente el padre reprendió a Abraham por haber destruido todo, y este le dijo:

–Papá, yo no fui.

Su padre pregunta: –¿Pues entonces quién ha sido?

Abraham señaló con el dedo a la más grande de las figuras de barro y le

¹³ A diferencia de épocas anteriores, como durante la Reforma Protestante, con su énfasis en la absoluta soberanía de Dios y, en consecuencia, en la inutilidad de las misiones a pueblos no cristianos.

dijo: –Él fue.

El padre exclamó ¿cómo puede ser que una figura de barro haya roto a las otras?

Entonces Abraham inmediatamente contestó: –Padre, ¿cómo crees entonces que ese ídolo pueda dominar sobre la naturaleza y crear vida?

Este es, sin dudas, uno de los mensajes que tanto judíos como católicos compartimos: las enseñanzas de nuestro padre en la fe, Abraham, que trajo al mundo el concepto del monoteísmo, la creencia en un único Dios¹⁴.

Aparte de esta afirmación sobre el monoteísmo de Abrahán, encontramos que para los cristianos su partida a la tierra que Dios le mostraría es un tipo de figura «misionera» ejemplar para la partida de todo cristiano para hacer la voluntad del Padre, aun cuando significa dejar la propia casa y manera de vivir, y aun más cuando significa viajar literalmente a otro lugar, aprender su idioma y manera de vivir, hacerse amigo y cooperador en la vida social de otro grupo étnico. Eventualmente, el misionero, al descubrir lo que Dios hace en ese pueblo, muestra aprecio por las tradiciones espirituales ajenas y se permite enriquecerse con los dones espirituales y estéticos de ese pueblo. Siguiendo el ejemplo de Abrahán, crece en el entendimiento de su propia misión recibida de Dios, y durante un tiempo extendido, su propia manera de vivir llega a ser una predicación silenciosa. El misionero se pone en alerta, en esta manera, a las oportunidades de compartir su propia experiencia de Cristo, en un contexto de respetuoso intercambio, y dejando que Dios mueva el corazón del compañero en el diálogo. La verdad misma del mensaje evangélico, creemos los cristianos, será la única presión que una persona en búsqueda experimentará en la realización de la misión cristiana.

San Pablo también ocupó de la figura de Abrahán, para indicar que Cristo, como único descendiente de Abrahán, heredó la promesa hecha a Abrahán y a su «descendencia», no a sus «descendientes»; o sea, solamente a Cristo. Pero más central al pensamiento teológico de Pablo es el capítulo cuatro de su carta llamada «a los Romanos», donde muestra a Abrahán como padre de todos los que son justificados por la fe (punto que también hace en su *Carta a los Gálatas*, 3, 6-9). «...Si Abrahán obtuvo la justicia por las obras, tiene de qué gloriarse, mas no delante de Dios. En efecto –continúa San Pablo– ¿qué dice la Escritura? *Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia*» (Rom 4, 3.). La cita que ocupa Pablo es Gén 15, 6.

Ciertamente, el énfasis de Martín Lutero en la fe como suficiente condición para recibir el don de la salvación, y así justificarse ante Dios –uno de los puntos teológicos centrales de la Reforma protestante del siglo XVI– llevó a él y a muchos teólogos de esa tradición a destacar la figura de Abrahán, (y de paso, evidenciando la celebrada pasión por la Palabra de Dios que también constituye un rasgo fundamental del cristianismo protestante: *sola fide, sola scriptura, sola gratia, solus Christus et soli Deo gloria*).

En los capítulos uno, dos y tres de la *Carta a los Romanos*, dice Martín Lutero,

¹⁴ SERVICIO DE NOTICIAS ZENIT, *Servicio diario*, 29 de mayo de 2007 (www.zenit.org/spanish/).

San Pablo ha revelado el pecado por lo que es, y ha enseñado el camino de la fe que lleva a la justicia. Ahora, en el capítulo cuatro, contesta algunas objeciones y críticas. Primero, aborda la que las personas hacen cuando escuchan que la fe hace justo sin obras, diciendo, '¿Cómo? ¿No debíamos hacer algunas obras buenas?' Aquí San Pablo destaca a Abrahán como un ejemplo. Pablo dice, '¿Qué cosa logró hacer Abrahán con sus obras buenas? ¿Fueron todas para nada, e inútiles?' Él concluye que Abrahán se hizo justo por la sola fe, aparte de todas sus obras. Hasta antes de la 'obra' de su circuncisión, la Escritura lo felicita por ser justo por causa de la sola fe. Ahora, si la obra de su circuncisión no contribuyó nada para hacerlo justo, una obra incluso que Dios lo mandó cumplir, y por lo tanto una obra de obediencia, entonces seguramente ninguna otra obra puede hacer nada para hacer que una persona sea justa. En la misma manera en que la circuncisión de Abrahán fue un signo exterior, con la cual comprobó su justicia basada en la fe, así también toda obra buena son meramente signos exteriores que fluyen desde la fe, y son frutos de la fe; comprueban que la persona ya es interiormente justo desde el punto de vista de Dios¹⁵.

En otra carta de la primera época del cristianismo, que también se incluyó en los textos sagrados de la Segunda Alianza, o Nuevo Testamento, naturalmente destacada por los católicos durante y después de la Reforma protestante, el apóstol Santiago advierte que la fe sin obras es una cosa muerta (Stgo 2, 17), fundamento de la posición teológica católica sobre la importancia de las obras buenas en la vida cristiana. No existe actualmente mayor diferencia en la materia entre luteranos y católicos (véase la celebrada declaración conjunta del año 1999): ambas comuniones de cristianos creemos que solamente la fe es necesaria para la salvación, y que las obras de justicia, caridad y solidaridad son los frutos consecuenciales de la vida cristiana.

El sacrificio de Abrahán descrito en las Escrituras hebreas también es una figura venerada desde los Padres de la Iglesia, dada la naturaleza del incidente mirada desde varios ángulos: el sacrificio del hijo por el padre, quien llevó la leña para el sacrificio, que suscita paralelos con el sacrificio de Jesús, Hijo de Dios Padre, quien llevó la madera de la Cruz, para el sacrificio que reconcilió la humanidad con Dios; también, la absoluta confianza en Dios por Abrahán también suscita admiración como modelo de fe; y el carnero designado para el sacrificio en sustitución por el hijo invita comparación con el sacrificio de Cristo como expiación por los pecados de la humanidad, y no los propios (de los cuales no creemos que tuviera ninguno, dado que el Verbo Encarnado –otro venerable término teológico por Jesús– era «semejante en todo, menos en el pecado», en las palabras rituales de la Santa Misa, edición conciliar)¹⁶.

¹⁵ LUTERO, M., *Prefacio a la Epístola de San Pablo a los Romanos*.

¹⁶ *Vid.*, por ejemplo, el comentario sobre *Génesis* de ORÍGENES, un Padre de la Iglesia del siglo III d.C., oriundo de Egipto, *Homiliae in Genesim*, 8,6 8. 9, en MIGNE, J. P., *Patrologia Graeca*, v. 12, pp. 206-209.

En fin, la figura de Abrahán ha sido de gran relevancia para la fe cristiana. Debemos reconocer otros ejemplos de paso, como por ejemplo el caso de Juan el Bautista, quien advirtió que ser de la descendencia de Abrahán no era garantía de salvación, y también el mismo Jesús de Nazaret citó la frase «Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob» para apoyar la creencia de que los muertos se resuciten (Mc 12, 26-27). Además, la bendición a todos los pueblos prometida a Abrahán en *Génesis* es considerada por los cristianos como cumplida, por Cristo, en la salvación que se ofrece a todas las naciones gracias a Cristo en la Cruz*.

Bibliografía

Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1976.

LUTERO, MARTÍN, *Prefacio a la Epístola de San Pablo a los Romanos*.

ORÍGENES, *Homiliae in Genesim*, en MIGNE, J.P., *Patrologia Graeca*, v. 12., pp. 206-209.

SERVICIO DE NOTICIAS ZENIT, *Servicio diario*, 29 de mayo de 2009, www.zenit.org/spanish.

* Artículo recibido el 22/04/2009 y aceptado el 06/05/2009